

zado, que hubiera deseado meterse debajo de la tierra.

—Oye dos palabras, Paco —dijo ella,— con permiso de los señores.

Y se llevó á su marido á lo último del taller.

—¿Qué quieres?—preguntó él ásperamente, porque esperaba reconvenciones.

—Mira—dijo ella abriendo el pañuelo,—como hace cuatro días que no sales del taller, he creído que habrás tenido mal arreglo en las comidas, pues en los bodegones dan muy mal, y te traigo un desayuno que te gustará. Toma.

Paco asió el salchichón y el pan, y se puso á comer con una especie de ansia feroz.

—También te traigo tabaco,—dijo Casilda que le miraba con una pena profunda.

—¡Buena falta me hacía!—dijo Paco.

—Pues aquí tienes.

Paco lo tomó y lió un cigarro.

—¿Qué más hay ahí?—dijo al ver el bulto de la camisa que quedaba en el pañuelo.

—Una camisa limpia, para que los vecinos no te vean ir con esa, que ya suponía yo debía estar como está.

—Pero ahora voy á trabajar,—dijo Paco, pues sabía que si no acababa aquellos remates, estaba despedido del taller.

—Bueno, trabaja. Aquí te dejo la camisa y un cepillo para que te asees en acabando; yo voy á comprar alguna cosilla apetitosa para comer, y á

la vuelta paso por aquí y me voy contigo á casa. Lo digo, porque así recogeré yo la camisa que te quites y no tienes que llevarla tú.

—¡Como quieras!—dijo Paco, que sentía que una cosa desconocida le ahogaba al conocer la generosidad de su mujer.

—Pues hasta luego—dijo Casilda;—con Dios, señores.

—Adiós, ramo de rosas—dijo uno de los jóvenes.—Así estuvieras libre, ó fueras de conciencia más ancha, que ya le daríamos al perillán de tu marido el pago que merece.

—No me gustan esas bromas,—dijo Paco volviéndose hacia su compañero.

—No son bromas—repuso éste:—en serio te digo que no mereces la mujer que tienes, y que andes con cuidado, porque habrá muchos que se aprovechen de tus faltas.

Paco quedó pensativo, y siguió tallando la madera con aire desalentado.

No respondió nada, y sus compañeros empezaron á cantar, no acordándose ya de lo que habían dicho.

A las doce había acabado; se entró en el cuartito donde guardaba las herramientas, se mudó y cepilló un poco su traje.

Acababa de hacerlo, cuando llegó Casilda con algunas provisiones compradas con la moneda que le había dado Rosario.

—¿Vamos?—dijo desde la puerta.

—Vamos—repuso Paco saliendo á la calle.—
Hasta mañana, amigos.

—No olvides que hasta mañana—dijo uno de los jóvenes;—porque si faltas también, el amo no está de humor de esperarte.

—Paco, ten juicio—dijo el otro, que era más prudente:—mira que, á no ser por tu habilidad, ya estarías fuera de aquí, y treinta reales no son de perder.

—Hasta mañana,—repitió Paco, al salir á la calle con su mujer.

Ni uno ni otro hablaron una palabra en el camino. Al llegar á casa, Casilda mostró á su esposo con el dedo su mullida y limpia cama, y le dijo:

—Acuéstate á descansar un poco en tanto que hago la comida. Ya te llamaré á las tres.

Paco, que no se podía tener de sueño y de fatiga, pues había pasado cuatro días con sus noches en el garito, se acostó y se durmió profundamente.

Cuando despertó eran las dos. El cuarto estaba bañado por el sol, resplandeciente de limpieza; un ramo de flores del campo, comprado por Casilda, que adoraba á esas bellas hijas de la naturaleza, lucía en un jarrito de cristal blanco.

Las cortinas blancas se mecían á impulsos del templado viento de la tarde, y todo respiraba alegría y bienestar.

Paco se incorporó para buscar el sucio y maltratado vestido que se había quitado, y se halló

otro que gastaba para los días de trabajo, más humilde, pero aseado y compuesto.

—¡Hola!—dijo Casilda jovialmente,—¿ya te has despertado? Yo no quería llamarte hasta las tres; pero ya que has dejado el sueño, más vale que te vistas y comamos: hay un arroz con almejas y un pedazo de lomo que dicen *comedme*.

Paco se vistió; salió de la alcoba, lavado y limpio, y se sentó en una sillita baja con los pies al sol.

—Casilda—dijo después con voz alterada,—yo soy malo para tí, lo sé, y te pago mal lo que me quieres. Mientras mi cuerpo se entregaba al reposo que tanto necesitaba, mi imaginación ha estado dando vueltas y no ha descansado. Sí, Casilda: tengo una sospecha que es para mí un castigo bastante grande de todos mis desaciertos.

—¿Qué dices?—exclamó la joven acercándose á su marido.—¿Qué sospecha es esa? Habla, que yo te la aclararé.

—Casilda, yo no te doy un cuarto hace más de un mes, y tú has vivido, y hoy tienes puesta una buena comida; nada has vendido de nuestro menaje de casa... ¿De dónde has sacado dinero?

—¡Ah!—exclamó la honrada esposa con las mejillas encendidas y la frente cubierta de rubor:—¡así son los hombres, ó á lo menos los hombres como tú! Lo primero que les ocurre es dudar del honor de su mujer. ¿Por qué no cuidas

un poco más del tuyo, ya que me dejas sola para guardar el mío?

Algunas lágrimas de cólera y de dolor saltaron de los ojos de Casilda; y era tan verdadera la expresión de su pena y de su ira por el insulto que acababa de inferirle su marido, que éste levantó hacia ella su rostro pálido y confundido, y le dijo humildemente:

—¡Perdóname, Casilda!

—Si hubiera querido venderme—repuso Casilda,—buenos compradores he tenido, aunque dicen que mercancía que arroja el amo debe valer poco; pero he querido mejor trabajar y vender mis vestidos, que faltar á lo que mi madre me enseñó.

—¡Cómo!—exclamó Paco,—¿trabajando has pasado y has acudido á todas las necesidades de la casa?

—¿Y cómo lo había de hacer si no? ¿Tengo yo rentas ó fincas que tú no conozcas?

—¡Yo creí que la señorita te daba dinero!

—No he querido comer ni darte á tí el pan de la limosna... Hoy es el primer día que he tomado dos duros á la señorita.

—¡Casilda!—exclamó Paco, que no podía ya contener el llanto.—¡Besando donde tú pisas, no podría yo pagar tu valor y tu virtud! ¡Qué mal marido te ha tocado, pobrecita, y cómo debes despreciarme! ¡Tú, en vez de llorar y quejarte como otras mujeres á las que les pasa lo mismo, has en-

cerrado en tu casa tu dolor y tus justas quejas y has disimulado todos mis desórdenes!

—¿Qué se adelanta con dar parte á los extraños de las penas que uno pasa?—preguntó Casilda.—Nadie las puede aliviar, y para algunos son motivo de diversiones. Nada, nada: de ciertos pesares sólo Dios es el consolador.

—Y tienes razón—repuso Paco:—ya estoy aquí arrepentido y dispuesto á trabajar para que nada te falte, y te he de poner con una ropa que todos te han de envidiar; á bien que manos tengo para ganarlo, y si no fuera por esta mala cabeza... Pero tú no sabes, Casilda, los malos ratos que me da. Mira: en el juego pierde uno el juicio con el afán de ganar; yo... bien sabe Dios que sólo deseaba venir á casa con mucho dinero para tí; pero no sé cómo sucedía que para una vez que ganase, perdía diez. No le sucede eso al señorito Pepe: según dicen los jugadores de nota, gana siempre!

—¡Qué!—exclamó Casilda,—¿juega el señorito?

—¡Uf! pues si es el que lleva la fama en Madrid, y ya no se acompaña más que con toreros y gente así... de la vida airada. ¿No se lo has conocido en la pinta?

—Ya hace días que no le veo.

—Y aunque le veas, como eres tan bendita, no hubieras conocido nada. Pues mira: ya no parece aquel elegante, fino y delicado señorito, hijo de la señora generala, tan buena y tan respetable: ha

engordado; su color, quebrado y fino, se ha puesto encendido, como que bebe en grande; se ha dejado *patillas de chuleta*; lleva el sombrero de medio lado, á lo jaquetón, y no se le cae de la boca el puro de á vara.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Casilda.—¡Entonces es cierto lo que han avisado á la señorita!

—¿Y qué es? Menos robar y hacer bajezas, que en eso no olvidará nunca su buena sangre, todo lo demás que digan es verdad.

—Le han escrito á la señorita una carta por el correo interior en la que le avisan que galantea á una bailarina francesa.

—¿A la Ceferina? ¡Toma: eso todos lo saben! Cuanto gana lo consume ella.

—Pues has de saber que esta noche quiere la señorita que yo la acompañe á seguirle los pasos.

—¿Y qué sacará con eso?

—Llevar mal rato, está claro. Si cuando el hombre quiere ser malo...

—De fijo que le pillá: él no se recata de nadie; pero, por si ocurre algo, yo iré con vosotras.

—¡Tú!

—¡Yo, sí! ¿Qué te extraña?

—¿Pues no te irás solo como otras veces?

—¿Quién piensa en eso? ¿No te he dicho que voy á ser otro?

—¡Pero si es domingo!

—¡Qué sea! tanto mejor. Mira lo que haremos, y tú dirás si te gusta el arreglo que yo voy á ha-

cer de las horas que faltan para acabar el día: ahora comemos; después saldremos los dos á dar un paseo al sol.

—No puede ser,—dijo Casilda.

—Te da vergüenza de ir conmigo en domingo y con esta ropa, ¿es verdad?

—¡Qué disparate! ¡Si es que tengo que ir corriendo á comprar un pañolón y una mantilla para disfrazarse la señorita esta noche!

—Ya habrán cerrado las tiendas: ¡si son las dos!...

—En la tienda para donde yo coso llamaré y me abrirán.

—Pues vamos ahora los dos.

—¿Sin comer?

—A la vuelta comeremos; en comiendo, saldremos á dar un paseo. ¡Caramba, que tengo empeño en lucirte! Y lo que siento, pobrecita, es que te he hecho quedar sin ropa con mi maldita vida: ¡qué vestido llevas! ¡Pero ya verás la semana que viene el que te compro yo! A la vuelta de paseo, te entraré á tomar café; luego venimos á buscar á la señorita, y haces tú algo de cena, así como chocolate ó alguna cosa, y al volver con ella lo tomamos y á la cama.

—Pues vamos corriendo á comprar eso,—dijo Casilda alegremente.

—Vamos.

—Toma una peseta que me queda para que pagues después el café; pero mira, Paco...

—¿Qué?

—Que mañana habré de poner comida de sartén, porque hasta que tú vengas con el jornal, no tengo un cuarto.

—Mañana á las siete iré yo al taller; tú vendrás conmigo: pediré al maestro adelantado el jornal de la semana, y te lo daré.

—Eso no—dijo Casilda:—no quiero yo que piensen que te intervengo el jornal. Tú pide el adelanto, porque esta casa se está cayendo, y hay que echarle una mano; pero antes no se come que darte yo el bochorno de tomarte yo el jornal delante de gente.

—¡Pero, mujer, si para mí no es eso bochor-noso!

—Para mí, sí. Tú traerás el dinero.

—¿Y si me voy con él, como otras veces?

—¡Paciencia!

—¿Y qué comerás?

—Nada.

—¡Pobrecita de mi alma!—exclamó Paco abrazando y besando á su mujer con íntima ternura.

—¡Si yo he sido un hereje para tí! ¡si no te merecía! ¡si eres la paloma entre las garras del milano!

—No soy más que una mujer de bien que quiere á su marido.

—¿Pero vas á guisar cuando yo venga á la noche?

—¿Y tú vas á estar sin almorzar?

—Yo pasaré sin comer todo el día.

—Eso no. Aún queda aquí este pañuelo de seda: lo empeñaré por diez reales, y tendrás sopa caliente y huevos.

—No hagas tal. Escucha: cuando yo venga á almorzar, te traeré dinero, y luego no harás más que el almuerzo, porque si me quieres dar gusto...

—¿Qué?

—¡No vas á querer!

—Habla.

—Te llevaré á comer de fonda á diez reales cubierto.

Casilda suspiró al pensar en que con los apuros de su casa iban á gastar un duro; pero, sin titubear un instante, dijo alegremente:

—Iremos á la fonda.

—Y por la mañana irás y te sacarás de la casa de empeño el pañolón carmesí y la mantilla buena.

—¡Entonces se va todo el dinero de la semana!

—No importa: yo velaré y ganaré doble jornal para ir saliendo; pero vamos á ver si nos abren.

—Vamos, para volver á comer. Paseando hablaremos.

Casilda se puso su pobre y vieja mantilla, se asió del brazo de su marido y ambos bajaron alegremente la escalera.

—Casilda—dijo él al llegar á la calle:—si no hubieras venido á buscarme al taller, ya no me atrevía á volver á casa; pero en lo buena que has sido llevas la recompensa y el pago, porque yo

me hubiera vuelto á meter en la vida tuna, y tú te quedabas sin marido ó siendo la mujer de un perdido.

—Calla y no digas eso—repuso Casilda.—Tienes tú demasiada vergüenza y pundonor para ser un cualquiera; y el corazón me dice que hemos de ser ricos y felices antes de mucho tiempo, con la ayuda de la Virgen de la Esperanza, á la que tanto he rezado por tí.

XII

Cuando Rosario bajó de casa de su hermana de leche, le dijo su doncella que la esperaba en la sala la Marquesa del Puerto, que hacía poco había llegado.

En situación de ánimo más tranquila, la joven se hubiera admirado de tan temprana visita, y más tratándose de una mujer tan elegante como la Marquesa; pero estaba su alma preocupada con tan tristes pensamientos, que sólo le causó disgusto la llegada de su madrina, porque los grandes dolores prefieren aislarse á ser consolados.

Clemencia, que éste era el nombre de la Marquesa, se acercó á ella, la abrazó y besó tiernamente, pero en silencio, y la condujo al sofá en que ella había estado sentada y que volvió á ocupar penosamente, afectada ante el estado de abatimiento en que veía á Rosario.

—Hija mía—dijo á ésta entrando desde luego en el objeto de la conversación,—es inútil que andemos con rodeos. Yo he venido á darte algunos consejos, y á rogarte por tu bien, por el cariño que tienes á tu padre, por el que me tengas á mí, que no los desoigas.

—¡Qué preámbulo, señora!—exclamó Rosario